



La Novela Gráfica

FLOR del LODO

por **Helene Chadwick y J. Rennie**

25
cts
Núm. 13

FLOR DE LODO

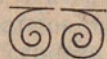
Adaptación literaria de la película
de igual título, original de
CHARLES KENYON

editada por la

Goldwyn Pictures Corporation

Protagonistas:

**Helene Chadwick
y James Rennie**



Exclusiva:

GOLDWYN PICTURES CORPORATION

Rambla de Cataluña, 122

BARCELONA

FLOR DE LODO

Adaptación literaria de la película

de igual título original de

CHARLES KENYON

editada por la

Goldwyn Pictures Corporation

Productoras

Helen Chadwick
y James Rennie



Exclusiva

GOLDWYN PICTURES CORPORATION

Rambla de Catalunya, 119

BARCELONA

AÑO 1

MADRID-BARCELONA-LOS ANGELES

NÚM. 13

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla de las Flores, 30, 1.º

Teléf 4656 A. — BARCELONA

Talleres Gráficos propios:

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P. BARCELONA

Correspondientes: En todas las poblaciones de España y América

FLOR DE LODO

SI el lector amigo, desdeñando las magnificencias de los pomposos hoteles particulares de la Quinta Avenida, prefiriese seguirnos a través de las intrincadas callejuelas de los barrios en que la miseria impera con toda su crudeza y penetrase en el hogar de Julián su corazón se estremecería ante la visión repulsiva del holgazán que vive a expensas de un ser bueno e inocente al que tortura a cada momento y al que hace objeto de las más indignantes humillaciones y un infinito sentimiento de piedad hacia Luisa Gravelly, la hijastra y víctima de Flack, se apoderaría de su espíritu.

Y es que en el torbellino de la agitada vida de las grandes ciudades se agitan infelices Cenicientas que, como Luisa, si no tienen hermanastras crueles, sufren la tortura de verse sometidas a la tutela de un padrastro infame y desnaturalizado.

Julián Flack no había trabajado nunca, ni conocía otra ocupación que expoliar sin conciencia a Luisa, agraciada muchacha de dieciséis años, que se quemaba los ojos ante la débil lámpara de petróleo cosiendo hasta altas horas de la madrugada, mientras aquél pasaba las veladas en el café de su amigo Ott, compinche suyo y casi de tan malos sentimientos como él.

La infeliz criatura trabajaba día y noche sin descanso, mientras el tiránico Julián se emborrachaba continuamente, promoviendo frecuentes reyertas y escándalos que mantenían al vecindario en un ambiente de perpetua hostilidad hacia él.

Una sola cosa consolaba a Luisa cuando el trabajo se le hacía abrumador y amenazaba dar al traste con sus débiles fuerzas: era la larga contemplación, en sus noches solitarias de pesada labor, del retrato de su difunta madre, de aquella mártir que cuando ella era todavía muy pequeñita había muerto, rendida por las privaciones, el excesivo trabajo y los malos tratos de Julián, su segundo marido. La visión de aquél semblante, en el que el dolor y el sacrificio habían impreso las señales indestruc-

tibles de una prematura vejez, la reconfortaba y le daba ánimos para seguir, casi de bruces contra su desvencijado costurero, el trabajo que dejaba, bien entrada la madrugada, para reanudarlo apenas despuntaba el alba.

Aquella tarde, Julián estaba en el café, como de costumbre, cuando llamaron a la puerta del cuarto en que habitaban Luisa y su verdugo.

Era la portera.

— Vengo a cobrar el recibo del mes — dijo a la muchacha cuando ésta le hubo abierto la puerta.

— ¿El recibo? Esto, mi padre...

— Es que él me dijo que desde ahora sería usted quien me lo pagaría...

Avergonzada, a la par que llena de indignación por aquella nueva expoliación de que era objeto, Luisa abrió su monedero, recogió unos dólares que le quedaban y pagó el recibo. Su peculio quedaba reducido a una insignificancia; pero ¿cómo resistirse a cumplir los mandatos imperiosos de aquel ser sin entrañas que la apaleaba brutalmente cada vez que intentaba iniciar la más ligera protesta?

Apenas había reanudado su labor, llamaron nuevamente a la puerta. Era un aprendiz que llevaba una caja de cartón, envuelta cuidadosamente.

— ¿La señorita Luisa Gravelly? — preguntó el muchacho.

— Soy yo.

— Traigo esto para usted.

Los ojos grandes y soñadores de la muchacha ilumináronse súbitamente mientras buscaba en los bolsillos de su delantal algo para gratificar al botones. Al fondo de uno de ellos halló una moneda de cinco centavos.

— Toma, pequeño, para ti.

— Muchas gracias, señorita. Buenas tardes.

La muchacha dudó unos momento antes de abrir el paquete. ¿De quién sería? ¿Quién se habría acordado de la pobre Cenicienta? Deslió lentamente el cordel que cerraba la caja y un grito de espanto se escapó de su garganta al levantar la tapa.

La caja contenía un látigo, un látigo enorme, acabado de salir de la tienda, cuyas tiras de cuero abrillantado relucían siniestramente como si esperaran el momento de lacerar sádicamente sus carnes delicadas...

II

Muy entrada la noche, regresó, algo más sereno que de costumbre, Julián Flack.

Sin decir una palabra, se dirigió al dormitorio de Luisa, cogió su monedero y lo arrojó de nuevo contra la cama al comprobar que estaba vacío.

— ¡Luisa! — le dijo —. Necesito más dinero. Se me ha acabado el coñac.

— Papá — repuso temblando la infeliz criatura —. Yo no tengo más. He tenido que pagar el cuarto y...



— ¿Qué iba usted a hacer, señorita?

— ¡Basta! — interrumpió brutalmente Flack —. Ya te he dicho varias veces que la aguja no da más que para morirse de hambre. Desde mañana, irás a trabajar al café de Ott.

— Pero, papá...

— Mejor dicho, ahora mismo. Esta tarde hemos quedado ya convenidos con Ott. Desea substituir a su vendedora de tabacos (1) y nadie mejor que tú. Por lo demás, tengo otro látigo para hacerte obedecer como el que te he hecho mandar esta tarde. Conque ¡arrea! ¡Ah! y dame tu reloj, que lo empeñaré al salir, para tener algo para esta noche...

— Papá, es el reloj de mamá...

— ¡A mí qué me importa! ¡Arréglate y vamos al café en seguida!

Luisa no tuvo más remedio que obedecer. Se levantó del costurero y después de cepillarse la ropa y ordenar sus cosas, emprendió, junto con su padrastro, el camino del café de su amigacho.

Cuando llegaron a aquel establecimiento, frecuentado en su mayor parte por gente de conducta equívoca, les sorprendió un murmullo de voces que denotaba a las claras que allí había ocurrido algún incidente.

Así era, en efecto. La vendedora de tabacos a quien Luisa debía substituir era una muchacha de antecedentes más que dudosos, que admitía

(1) En los Estados Unidos la fabricación y venta de tabacos es libre, estando sólo sujeta al pago de un timbre. Por consiguiente el tabaco se vende en distintos establecimientos como son bares, teatros, music-halls, etc., como aquí los chocolates de lujo y los caramelos.



Una hora después, en uno de los salones de modas más lujosos...

galanteos de todos los clientes y prodigaba sus favores a cuantos eran generosos a la hora de las propinas. Mina, que así se llamaba la muchacha, había tenido aquella noche una escena de ellos con uno de los concurrentes, a consecuencia de la cual había sufrido un ataque.

— Vienen ustedes de primera—dijo Ott—. Luisa, entre usted en aquel cuarto, que es donde tengo la bodega y díglele a la encargada que le dé las ropas de Mina y se viste usted en seguida.

Resignada a su triste suerte, la joven obedeció. Empujó la puerta de la bodega y allí, tendida sobre un camastro, halló a Mina que empezaba a recobrar el conocimiento.

Cuando la vendedora de tabacos se enteró de las instrucciones de Ott, contempló lastimosamente a Luisa y le dijo:

— Debes hallarte en una situación muy apurada cuando te resignas a ejercer este oficio, ¿verdad?

— No me queda otra solución — repuso la infeliz criatura —. Es para mí una cuestión de vida o muerte.

— En este caso, voy a darte un consejo: échate al río antes que ocupar mi puesto!

Luisa no vaciló un momento. La bodega tenía una ventana que daba a la calle. Abrióla cuidadosamente y saltó a la acera, dispuesta a huir y poner fin a su vida.

III

EN la obscura soledad de la noche, Luisa atravesó la Gran Avenida del Parque Central, que conducía a un amplio lago, de aguas límpidas y tranquilas. Recostóse contra la barandilla y allí contempló, ensimismada, el cristal en donde pensaba hallar su tumba... Por fin, una suprema crisis de desesperación la impulsó a realizar su fatal propósito...

Pero en aquel momento, un brazo hercúleo se apoderó de su talle y una voz agradable y sonora resonó en sus oídos:

— Señorita: ¿qué iba usted a hacer?

El hombre que acababa de surgir impensadamente en aquel lugar, era alto y esbelto. Iba vestido elegantemente, rasurado de hacía pocas horas y todo su aspecto era simpático y distinguido.

Entonces, sollozando y con frases entrecortadas, la joven explicó al desconocido su triste historia...

Mientras Luisa narra su infortunio a su salvador, descubramos la personalidad del hombre que la Providencia había puesto milagrosamente en el camino de nuestra heroína y cuya inesperada aparición había de tener una influencia decisiva en la vida de Luisa.

Se llamaba Rodolfo Allerton: era riquísimo

y huérfano y habitaba en un suntuoso palacio de la Quinta Avenida.

La presencia de Rodolfo en aquellos solitarios lugares era motivada por un acontecimiento muy poco agradable para él.

Rodolfo estaba prometido hacía tiempo con Bárbara Walbrock, jover millonaria cuyo despótico carácter justificaba plenamente su nombre de pila.

Hija única, mimada en extremo por una madre excesivamente complaciente y un padre que cuidaba más de sus fabulosos negocios que de la educación de su heredera, no corocía más consejera que su inconsecuente voluntad y como nadie en su casa resistía al imperativo de sus caprichos, se creía con derecho a hacer víctima de sus impertinencias a cuantos se ponían a su alcance.

Explicados estos antecedentes, fácil es comprender que el pobre Rodolfo era un verdadero juguete de su novia, que le fastidiaba con sus genialidades, provocando con el menor pretexto ridículos incidentes y le atormentaba con estúpidas escenas de celos.

Aquella noche, por una futilidad sin trascendencia alguna, Bárbara se disgustó con su novio. Lloró, rabió, pateó y terminó de volviéndole su palabra y arrojando al suelo su anillo de prometida. Hastiado, contrariado, violento, Rodolfo abandonó el domicilio de su novia y fué a buscar en la calma serena y

apacible del Parque Central, un sedante para sus nervios. Fué entonces cuando llegó tan oportunamente a la pasarela del lago, impidiendo el suicidio de Luisa.

— ¡Pobre criatura! — dijo Rodolfo a Luisa cuando ésta hubo terminado su narración. — El Destino ha hecho que nuestras dos almas se encontrasen. Yo también he sufrido mucho. Mire usted; esta noche he roto con mi prometida...

Y, como iluminado súbitamente por una idea salvadora:

— ¿Y si nos casáramos?

— ¿Cómo? — preguntó, llena de asombro, la hijastra de Flack.

— Ni usted ni yo tenemos a nadie en el mundo. Unamos nuestros destinos y vivamos felices...

... Y horas después, Rodolfo Allerton, que, aunque buen muchacho, era hombre de proceder excesivamente precipitado, se casaba con Luisa Gravely...

IV

RECUERDA el lector los cuentos franceses para niños del hada Carabosse? El hada Carabosse es un hada vieja y fea que protege al desvalido y salva a los niños buenos de los peligros que les acechan. Luisa, al llegar,

con su esposo al palacio en que habitaba, halló a su hada Carabosse en la persona de Steptoe, el mayordomo y administrador de Allerton, hombre bueno, respetuoso y paternal a la vez y de una corrección impecable.

— Rodolfo, a decir verdad, cuando salió de la iglesia ya estaba medio arrepentido de su matrimonio.

— Steptoe — le dijo al llegar —. Esta joven es mi esposa.

Steptoe se inclinó ceremoniosamente.

— Allí encima de su escritorio hay una carta urgente para usted.

— Está bien. Atienda a la instalación de la señora y yo voy a mi despacho.

Cada vez más desconcertado, Rodolfo cogió el sobre, presagiando una nueva contrariedad. No se engañaba. La letra era de Bárbara.

Rasgó el papel y desdobló, impaciente, la misiva. Decía así:

Querido Rodolfo:

«Ahora comprendo cuán irreflexivas han sido mis frases de anoche. Vuelvo a llevar tu anillo. Amante y arrepentida te espera tu

BÁRBARA.»

Ahora sí que la hemos hecho buena — pensó Allerton —. Lo mejor será acostarme hasta la hora de comer... ¿Y quién come con Luisa, después de todos estos acontecimientos?

Rodolfo extendió la mano e hizo sonar el timbre.

— Steptoe — dijo —, yo me voy a descansar.



Aquel día, que era el primero de su nuevo estado...

...sar. Este mediodía que me llamen a las doce y media. Comeré en el Casino.

— Pero... ¿y la señora? — se atrevió a interrogar Steptoe.

— Atiéndala y que no le falte nada.

Apenas Rodolfo se había quedado solo, resonó en la habitación la llamada del teléfono.

— Ya sé quién es — pensó Allerton — ¡Ay, Dios mío! ¡Qué imbécil he sido al meterme en este fregado!

— Rodolfo — decía una voz femenina que emergía del auricular —. ¿Has recibido mi carta?

— Si... — contestó Rodolfo sin saber qué más añadir.

— ¿Supongo que no estarás ya enojado conmigo...?

— No...

— Pero, ¿qué te ocurre, que no dices nada?

— Ya te lo explicaré; después de comer iré a verte. Adiós.

Y abandonando el auricular sobre su soporte, Rodolfo se dejó caer, abrumado, en una butaca...

V

El fiel Steptoe se dió pronto cuenta del estado de ánimo de su señor. Pero la contemplación de la pobre Luisa inspiró en él tal compasión, que juró a sí mismo hacer aproximar rápidamente al novel matrimonio.

Mientras tanto, la joven, que había comprendido la equivocación de Rodolfo, había tomado una determinación radical. Aguardó quedarse sola en la habitación que le había sido

destinada y, sigilosamente, descendió hacia la calle por la escalera de servicio. Pero Steptoe



...vencido por el alcohol rodó por el suelo...

velaba y la sorprendió cuando ya estaba cerca de la puerta.

— ¿A dónde va usted, señorita? — interrogó.

— Me marcho de aquí. Comprendo que Rodolfo está arrepentido y...

— Usted no puede marcharse, ni yo consentirlo. ¡Bueno se pondría mi señor Allerton si yo dejaba que usted se fuese! Confíe en mí...

— Yo soy una mujer demasiado humilde para poder ser la esposa de un millonario como Rodolfo...

— Déjeme hacer — insistió Steptoe —. Yo puedo hacer de usted una gran señora. Con dinero se consigue todo y aquí lo hay en abundancia. El señorito ahora duerme y cuando se levante se irá a comer al Casino sin acordarse de que usted está aquí... Lo primero que haremos será coger un automóvil y marcharnos a un almacén de modas. Allí escogerá usted las *toilettes* que más le gusten... Y, a su regreso, empezaremos las lecciones para que usted aprenda a conducirse en sociedad...

Una hora después, en uno de los salones de modas más lujosos de la ciudad, Luisa y Steptoe adquirirían diez mil dólares de trajes y ropa blanca... Y cuando volvieron al palacio de la Quinta Avenida, el mayordomo comenzó a instruir a aquella hija de la miseria para que pudiese alternar con la *high life* neoyorkina...

Aquel día, que era el primero de su nuevo estado, lo pasó Luisa comiendo sola, bajo la mirada de Steptoe que corregía todos sus modales groseros... Y como las criadas de Allerton, ante aquel espectáculo insólito, se permitiesen algunas cuchufletas, el mayordomo, *por orden de la señora Allerton*, las puso en la calle.

VI

ENTRE dudas y sobresaltos terminó Rodolfo su frugal comida en el Círculo.

Dudaba a cada momento si ir a ver a Bárbara o dejarla estar. Pero decidió finalmente someterse a la dura prueba y allá fué decidido a dejarse pegar por aquella tiranuela.

Bárbara le recibió recelosamente. Su parquedad durante la conversación telefónica de la mañana la tenía impaciente. Estrechado a preguntas, Allerton terminó por confesar la verdad.

La sorpresa de la señorita Walbrock no tuvo límites.

— ¡Pero tú estás loco! ¿A quién se le ocurre semejante despropósito?

— Estaba desesperado por tu desprecio, Bárbara...

— Por supuesto que no vas a dejar así lo hecho...

— ¿Qué quieres que haga?

— ¿Qué quiero que hagas? Indemnizar a esa pobre criatura y divorciarte. ¿No ves que todo el mundo te tomaría el pelo?

— Tienes razón — dijo Rodolfo —. Soy un imbécil. Voy a seguir tu consejo.

Y el bueno del millonario, subió a su «Rolls» y ordenó al mecánico que le condujera a su casa...

VII

DÓNDE está la señorita? — preguntó Rodolfo apenas hubo atravesado la puerta del jardín.

— Arriba, en sus habitaciones, señorito — respondió Steptoe.

Allerton penetró en el ascensor, atravesó un comedor y llamó a la puerta del *boudoir* destinado a su esposa.

— ¿Se puede? — preguntó.

— Adelante — respondió la voz de Luisa.

Rodolfo penetró en la estancia y ante el espectáculo que se ofreció a su vista no pudo retener un grito de sorpresa.

Sentada en un butaquín, leyendo un ilustrado, estaba Luisa, pero una Luisa tan distinta de la que él había conocido hasta entonces, que casi no le parecía la misma...

Un magnífico traje de seda, negro, elegantemente escotado, cubría sus bien moduladas formas. La falda, extremadamente corta, dejaba ver unas torneadas piernas enfundadas en transparentes medias de finísima seda, cuyo extremo desaparecía en unos preciosos chapines que encerraban unos piecécitos menudos y como juguetes de carne...

Otra vez la indecisión se apoderó del corazón de Rodolfo.

— Luisa — exclamó — no te conocía...

— He supuesto que el señorito quería que

... después de contemplarse ante el espejo...



su esposa vistiese como corresponde a su rango — murmuró tras de él la voz de Steptoe, que se retiró después de pronunciadas aquellas palabras.

— Quiero hablar en serio — dijo por fin Rodolfo sobreponiéndose —. Me parece que esta mañana hemos procedido con demasiada ligereza...

— Comprendo — repuso Luisa —; ha hecho usted las paces con la señorita Walbrock. No podía ser de otra manera.

— Todo puede solucionarse. Llamaré a mi abogado y se concertará el divorcio mediante una indemnización que asegure a usted la tranquilidad para toda la vida.

Al oír aquellas palabras, Luisa se puso en pie como herida por un rayo.

— Señor Allerton — dijo con voz severa y enérgica —, usted se equivoca. Yo soy una infeliz huérfana, pero en modo alguno puedo aceptar dinero de usted. Lo que puedo hacer es marcharme de aquí ahora mismo, como ya hubiese hecho horas antes si Steptoe no me hubiese disuadido. Pero darne usted dinero, ¡eso jamás!

— Luisa — insistió Rodolfo —, lo que yo pido a usted es recobrar mi libertad que está en sus manos. Yo no puedo aceptarla sin tener la tranquilidad de saber que nunca más la vida ha de tener preocupaciones para usted. De otro modo, yo no desharía lo hecho...

— No puedo decirle otra cosa sino que haré lo que usted me mande — contestó la joven.

— ¡Gracias, Luisa! ¡Gracias de todo corazón!

En aquel momento irrumpió Steptoe:

— Dice John que el coche está preparado...

— ¡Ah, sí! ¡Tienes razón!

Y Rodolfo se despidió de Luisa para volver al Casino, a cenar.

Allí comió, casi tan mal como al mediodía y, ante el café y el cigarro, volvió a sus dudas.

¿Iría a ver a Bárbara a su casa, en donde se celebraba una fiesta, o se decidiría a que aquella fuese su noche de novios?

Siempre presa de vacilaciones, Rodolfo volvió a su casa a cambiarse de traje.

— ¡Cómo! — díjole Steptoe —. ¿El señorito sale esta noche y deja abandonada a su esposa? La soledad, señorito, es muy mala compañía...

— Es verdad, Steptoe. Soy un idiota. Me voy arriba...

— Rodolfo — díjole Luisa al verle entrar — yo querría marcharme. Déjeme hacerlo así y no se acuerde más de una desgraciada como yo. Cada momento más que paso aquí es un nuevo tormento...

— Usted no puede marcharse de aquí sin que yo la indemnice...

— Usted no me debe nada. Yo, por el contrario, le estaré siempre agradecida...

Por la frente de Rodolfo corrían gruesas gotas de sudor. La angustia de su situación, de la

que no sabía como salir, el recuerdo de Bárbara y el temor al ridículo de su casamiento, por un lado, y por otro la visión de Luisa, abnegada, heroica, resignada al sacrificio... y tan hermosa y delicada, le tenían en un estado de angustia y nerviosidad insostenibles.

— ¿Qué tiene usted? — interrogó Luisa —. ¿Se encuentra mal? Parece usted agitado y nervioso... Recuéstese aquí, en este diván... Duerma... Yo me voy a mi cuarto. Mañana estará usted más tranquilo... Entonces hablaremos...

— Sí... tiene usted razón... Gracias... Voy a probar de dormir.

La joven dió una vuelta al conmutador eléctrico y se dispuso a salir.

— ¡Luisa!... — volvió a suplicar la voz de Allerton —, ¿me jura usted que no se escapará...?

— Se lo juró por la memoria de mi pobre madre. Duérmase tranquilo... Descanse...

— ¡No, no! — gritó entonces la voz de Rodolfo, como enloquecido —, ¡No me dejes! ¡No te vayas! — ¡Ven!

— ¿Qué le ocurre? — interrogó ansiosamente Luisa.

A oscuras, volvió hacia Rodolfo.

— ¿Se encuentra mal? ¿Quiere que llame a un criado?

Unas manos temblorosas de emoción se enlazaron a su cuello. A su lado estaba Rodolfo,



Ahora no me da la gana de que trabajes aquí. ¡Vuélvete a casa!

ansioso, suplicante, febril... Unos labios cálidos besaron a Luisa en la boca implorando:

— No, Luisa, no... No me dejes... Perdóname... Estaba loco... te quiero... te quiero... te quie...

VIII

Al día siguiente, Luisa y Rodolfo, ya marido y mujer, se levantaron muy tarde de la cama. Steptoe, el bueno de Steptoe, no cabía dentro de su piel de alegría.

— Déjame ir al Banco a arreglar un asunto — dijo Allerton a Luisa —, y volveré temprano para que podamos comer a la una.

— Sí, sí, ves. Yo me quedaré aquí, arreglando cuatro cosas...

Pero apenas Rodolfo estuvo fuera, a Luisa se le ocurrió una idea: volver a su antiguo hogar y recoger la sortija nupcial de su madre, único recuerdo suyo que le quedaba.

Se vistió con su mísero traje de antes y, segura de que Flack estaría en el café, se dirigió al zaquizami en donde se había consumido su juventud hasta el día en que providencialmente halló a su paso a Rodolfo Allerton.

Todo estaba como antes. Con la llave que había conservado abrió la puerta, penetró en el cuarto y recogió aquella alhaja, que guardaba oculta en una grieta de la pared, para que Julián no la empeñase o la vendiese.

Iba a salir cuando el ruido de la puerta la estremeció de horror.

Era Julián que regozaba, como de costumbre, completamente borracho.

— ¡Ya la encontraré, ya! — rugía empuñando el látigo —. ¡Mala bruja! ¿En dónde debe estar escondida? ¡Un día u otro yo daré con ella!

Y descargaba tremendos latigazos contra el primer mueble u objeto que hallaba a su alcance. En un acceso de furor rompió toda la vajilla que estaba sobre la mesa, después de lo cual, vencido por el alcohol, rodó por suelo sin sentido, momento que Luisa aprovechó para poder escapar...

Su presencia en aquellos lugares fué notada por un individuo, Ott, el compinche del café, que la reconoció y la siguió. Por la tarde, cuando Julián Flack, algo desvanecidos los vapores del vino, volvió al café, el dueño le dijo:

— Tu hijastra sí que te tomó el pelo. ¡Y tú que querías explotarla! ¡Sí que ibas bien encaminado! Esta mañana la vi entrar en un hotel lujosísimo de la Quinta Avenida...

— ¿Qué número? — interrogó, furibundo, Flack.

— Me parece que es el mil trescientos ocho...

Y Julián, sin encomendarse a Dios ni al diablo, salió disparado hacia la dirección indicada por Ott, saboreando ya su venganza...

IX

DESPUÉS de comer, una joven de aspecto altanero y vestida a la última moda descendía de un auto y se detenía ante el palacio de Rodolfo. Era la señorita Walbrock.

Steptoe acudió a abrir.

— ¿Está Rodolfo?

— No, señorita Bárbara — repuso —. Está solamente su esposa.

Y subrayó las últimas palabras con una entonación que no dejaba lugar a dudas sobre la *oportunidad* de aquella visita.

— Pues yo desearía verla — contestó en un tono de impertinencia extraordinario.

— Bien.

Steptoe subió al salón.

— Señorita — le dijo —, está ahí la exprometida de su esposo. Hágaie comprender que debe marcharse y no se sobresalte.

Momentos después, Steptoe introducía a Bárbara en el salón.

— Señora — dijo soberbiamente la señorita Walbrock a Luisa —, ya podía usted comprender el objeto de mi visita.

— ¿El objeto de su visita? Usted dirá — contestó Luisa fríamente.

— He venido a hacerle comprender su situación. Aunque usted sea la esposa legítima de Rodolfo, el amor del señor Allerton hacia

usted no puede ser más que un capricho pasajero... Cuanto más dure esto que para usted no es más que un piadoso sueño en el que le mece el azar de unas circunstancias, más triste y doloroso será su despertar...

Iba a contestarle Luisa, cuando la puerta se abrió violentamente, cediendo el paso a un hombre que gritaba desaforadamente:

— ¿Dónde está Luisa? ¿Dónde esta mi hija? ¡Desvergonzada! ¡Perdida!

Luisa palideció intensamente al ver a Julián Flack que, rojo de ira, los ojos fuera de las órbitas, la amenazaba con los puños cerrados tendidos hacia ella.

En cambio, aquella aparición le pareció providencial a la pérfida Bárbara.

— Ya lo ve usted, con un padre así... Con su permiso, me retiro...

No tuvo tiempo Julián para poner en práctica sus amenazas. Al ruido de sus voces, Steptoe había acudido con un cocinero y el ayuda de cámara y le echaban fuera a empujones.

Ya estaba en la puerta cuando Rodolfo, que volvía del Círculo, dióse de manos a boca con él.

— ¿Quién es este hombre, Steptoe?

— Soy el padre de Luisa, que vengo a pedirle cuentas de su proceder — rugió Flack —. Vamos a ver: cuándo un millonario se lleva de su casa a una mujer decente, ¿qué gana con ello el padre?

—Si este hombre es su marido, ni un centavo — dijo Rodolfo.

— Está bien. Si a las doce de esta noche no ha venido usted a parlamentar conmigo en el café de Ott, mañana le mandaré un abogado.

— ¡Mándeme a quien quiera y no venga a marearme! — contestó Allerton —. ¡Se debe usted creer que yo no tengo otra cosa que hacer más que escuchar sus despropósitos!

Y penetró en la finca.

Pero allí le esperaba una triste nueva. Luisa, creyendo cierta la visita de Rodolfo a Bárbara, se había refugiado en su cuarto y después de contemplarse ante el espejo con su lujoso traje, como despidiéndose de aquella vida de lujo y bienestar, lo había cambiado por el que llevaba cuando Rodolfo la salvó en el Parque y había huído...

— La señorita Walbrock tiene la culpa de todo — dijo Steptoe —. Ha estado aquí y la debe haber amenazado si no abandonaba a usted.

— Yo creo que lo que ha hecho ha sido huir bajo el imperativo de su padrastro. Dame mi revólver, Steptoe, y me voy al café de Ott donde ese bandido me ha dicho que estaría...

Y Rodolfo, acompañado de su mayordomo, se encaminó a gran velocidad en su automóvil hacia el café de Ott.

CUANDO hubo abandonado el palacio de su esposo, Luisa no tuvo más que una idea: pedir perdón a su tiránico padrastro, ponerse a trabajar en el café de Ott y olvidar todo lo pasado que, como le había dicho Bárbara Walbrock, no habría sido para ella más que un dulce sueño...

Eran las ocho y media cuando llegó al café de Ott. Este se encontraba como de costumbre, ante el mostrador.

— ¡Hola, pequeña! — le dijo Ott —. ¿Buscas a tu padrastro? No tardará en llegar.

— No venía sólo por él... — balbució la pobre Luisa.

— ¿Qué quieres?

— Venía a preguntarle si la plaza de vendedora de tabacos está aún disponible...

Ott sonrió burlonamente.

— ¡Ah, vamos...! Ya veo lo que ha pasado... Tu amiguito te ha dejado ya... Todos los hombres son iguales... Entra, entra ahí a la bodega y te darán el traje...

Resignada al sacrificio, traspasada de dolor, la joven obedeció.

Luisa vistióse, cogió la caja de tabaco y se dispuso a atravesar la sala. Pero en aquel instante un grito de espanto escapóse de su garganta: delante de ella, iracundo, rabioso, amenazador, su padrastro, que acababa de des-

cubrir la, la apostrofaba duramente llenándola de insultos:

En el salón resonó una voz de trueno.

— ¿Dónde está mi mujer? ¡Al que le tenga en su poder le abraso los sesos!

Era Rodolfo que, acompañado de su fiel Steptoe, acababa de irrumpir en el establecimiento. La lucha fué corta y dura. Julián, que había conseguido llevarse a la calle a Luisa, llevó la peor parte. Los puños adiestrados de Rodolfo dieron pronto buena cuenta del truhán, que rodó al suelo sin sentido...

Luisa, al contemplar la lucha, se había desmayado. Rodolfo la recogió del suelo amorosamente y la depositó en el interior del automóvil que, a velocidad vertiginosa, condujo a ellos y a Steptoe a casa de Allerton.

— Luisa, Luisa mía — murmuraba apasionadamente Rodolfo —, ¿por qué huíste? ¿Creeas acaso que yo dejaría nunca de quererte?

— Perdóname, Rodolfo... Ha sido tan extraña esta aventura nuestra...

Y un beso inefable, dulce, apacible como una mañana de primavera, unió para siempre a los dos esposos.

